



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12752

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 14 DE MAYO DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 16; J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

## DESDE MADRID

Señor Director.

Muy señor mío: Las últimas noticias de la guerra ruso-japonesa llegan a interesar intensísimamente los ánimos de todos los madrileños.

No hay lugar público donde no se discutan, ni casa donde no se comenten los episodios verdaderamente novelescos de esta campaña extraordinaria.

Las opiniones dividen en dos bandos, y a buen seguro que no existe un solo madrileño que deje de ser un ruso convencidísimo ó de estar perfectamente de acuerdo y grandemente encariñado con los japoneses.

Yo, enemigo inconverible de esta como de todas las guerras, también tengo sobre ella mi opinión formada, y voy a sincerarme ya que tan a mano se me presenta ocasión.

Reconozco en los japoneses esa heredad heroica, esa bravura épica, y ese acometimiento valeroso, rápido y formidable que obliga a la vieja Europa a clavar en ellos la mirada casi casi con admiración. Por otra parte están armados con las armas modernas y poseen un extraordinario instinto de estrategia militar.

Están bien abastecidos de cuanto puede serles necesario, son bravos, entusiastas y resueltos, pero... Ya empezaron los peros, y debemos ver si son lógicos ó absurdos.

En primer lugar el ejército ruso sabe pelear también con admirable heroísmo. Si, hasta hoy, alguna torpeza de sus jefes, ó alguna crueldad del destino, no le permitió llevar la más airosa parte en la contienda, es de esperar, mejor dicho, es seguro que a la larga ellos serán los únicos vencedores. Aun

cuando sólo fuera por razón del número, Rusia se llevara la victoria.

Le costará muchas vidas de soldados, muchas lágrimas de sus pobres madres envejecidas, que recordaran con espasmos dolorosos al hijo muerto en las lejanías; muchos miles de rublos, acaso mucho tiempo; pero el invariable, el forzoso, el fatal epitogo de la guerra, será el que los rusos venzan, en que la sangre y el oro de Rusia humillen al Japon en su marcial fiereza, aniquilándole, esquilmandole, destruyéndole.

Y nosotros, los europeos, debemos desear que así ocurra y alegrarnos mucho cuando el telégrafo nos lo confirme.

La victoria del Japon sería una barbara amenaza para Europa.

La raza amarilla, esa raza sanguinaria y ambiciosa, inundaría al mundo, que acabaría siendo esclavo, un esclavo más degradado que los antiguos de Roma; un siervo fustigado siempre, al que despreciase y apaleara, y explotaría esa raza aterradora de hombres amarillos.

Debemos desear que no dominen en el mundo, por todo, absolutamente, por todo, ¡basta por estético!

Una ráfaga asoladora de muerte corre por Madrid. El tifus sigue ensañándose despiadadamente en los hambrientos, en los esclavos, en los humildes.

En el cerro del Pimiento agonizan diariamente un puñado de desheredados del destino. Allí mueren silenciosos con la desesperación en el alma y un rezo en los labios.

La humanidad paga estos días un tributo de vidas extraordinariamente numeroso; y esa pléyade de mendigos, de anémicos, de jornaleros sin trabajo ó con escasísimo jornal, va diezmandose, derrotada por el poder brutal del microbio invisible...

Noto que voy, sin querer, poniéndome fúnebre, y no está en mi ánimo amargar a los lectores de ese periódico. Hablaré de otras cosas.

El movimiento intelectual ha dado estos últimos días galanas pruebas de su vitalidad. Pio Baroja, Martínez Ruiz, Alfonso Saura, interamantísimas traducciones, entre las que recuerdo una de Jorge Ohnet, por el notable literato Carlos de Batlle y otros distinguidos escritores, han publicado nuevamente libros muy estimables; pero de todo esto y algo más les hablaré en mi próxima, ya que esta información va resultando demasiado extensa.

De usted afectísimo seguro servidor q. b. s. m.,

García Fernández.

## MICROSCÓPICAS

Un sentimiento de conmiseración nos llevó ayer tarde a visitar a la niña Matilde Martínez, enferma de hidrofobia en el asilo donde la caridad cartagenera acoge y cuida a los enfermos pobres. Y sabe Dios, que lee en el fondo de las almas, el pesar que sentimos de haberla visitado!

¡Quién pudiera velar el horroroso cuadro que desde ayer llevamos en la mente y que a cada momento toma mayor vida como si quisiera hacernos asurar todas las angustias del horror!

Nos dijeron que estaba aletargada por unas inyecciones de morfina y allí encaminamos nuestros pasos; mas al invadir la habitación de la paciente ¡Dios mío, lo que vimos!

En el fondo de la modesta cama que la caridad le ofreciera, revolcábase un ser pequeño, como si el blando techo fuese para él un petro. De su garganta se escapaban ruidos de fiera; de sus ojos inmensamente abiertos y fijos en lo alto, miradas suplicantes. Bregaba la niña huyendo de los brazos de su madre y la sujetaba ésta por la espalda sin poder dominar sus desordenados movimientos.

Luchando las dos, quedó un momento la

niña arrodillada, cubierto el cuerpecito con el oro de su cabellera, con los ojos inmensamente abiertos, ansiosamente fijos en lo alto como si a Dios pidiera el alivio de su padecer.

¡Pobre niña, condenada a morir! ¡Pobre madre que ve saboreando el salvaje dolor de una agonía más salvaje aún! El padecimiento de la una y el inmenso dolor de la otra levantan en el alma un grito de protesta contra los inductos que prevalecidos de la ignorancia de las gentes, las explotan con mogigangas que recuerdan los tiempos de barbarie.

En la tragedia de que ha sido teatro el Hospital de Caridad hay una figura repulsa y siniestra: el saludador.

¡Quién es él?

Raul.

## Caminando a la destrucción

El hombre ha luchado desde su aparición sobre la tierra en diversos sentidos; primero, por su libertad y su regeneración, y entonces la guerra era la epopeya; luego el solo deseo de dominio, fué el móvil de la lucha entre los pueblos, y bajo este punto de vista la guerra una injusticia; ahora, cuando apenas queda un solo pueblo a donde el Comercio y la actividad de la industria no llegue, la guerra presentida es la universal del miserable contra el opulento.

Todos los terribles inventos para la destrucción de cuanto se pondrán en juego el día menos pensado en todo el mundo, cifándose para ello del uso al otro con los hambrientos y desesperados, por medio de esa tupida red de telégrafos que le agotan, material de guerra necesario, empleando al efecto los innumerables ferrocarriles y vapores que pueblan el globo, si antes la sociedad no reacciona y vuelve la mirada a los principios de la caridad santa, que declarándonos a los hombres hermanos, exige de unos compasión, amparo, cariño, desprendimiento; y de otro, humildad, paciencia, perseverancia en el trabajo y fe, para conseguir juntos la paz de los espíritus y la tranquilidad material, que solo por aquella excelsa virtud se obtiene.

No hay que equivocarse suponiendo lejano el peligro; no hay que considerar lamentaciones baldías esos gritos de dolor lanzados por el proletariado y las predicaciones constantes de los espíritus generosos

y de la Iglesia, porque desgraciadamente todos hacen presentir que la catástrofe se avecina, pareciendo oírse ya los primeros siniestros ruidos en esas buelgas monstruosas que paralizan la vida de los pueblos, en esas protestas universales de los que no tienen pan para alimentarse en ese desasosiego general que se experimenta en todos los centros de población y que, trasmitido al campo, va convirtiendo al obrero y al labrador en enemigos irreconciliables del patrono y del propietario de la tierra.

Las conquistas mismas de nuestro siglo que ha dominado la electricidad y el vapor, convirtiéndolos en humildes esclavos del género humano, servirán al proletariado en guerra para acabar más pronto y de un modo más terrible con el actual orden de cosas, si en espacio relativamente breve no se acude a remediar el mal.

Ya no es posible hacerse la ilusión de que el problema planteado es secundario y que la historia registra guerras de verdadero exterminio, invasiones de hordas salvajes contra pueblos civilizados, y luchas tan tremendas como la que presentimos, por que ni aquéllas tuvieron en su origen y desarrollo los mismos fundamentos y medios que ahora, ni en realidad había en el fondo del asunto los motivos que hoy existen.

La prensa, que al minuto da cuenta de las miserias y movimientos sociales, tiene unida a la masa proletaria universal en un mismo sentimiento, y hace crecer los deseos, aumenta los afanes y enciende las pasiones, hasta el extremo que no se aguarda más que un caudillo y un instante oportuno para dar la voz de exterminio.

Las sangrientas revoluciones de ayer, las doctrinas deletéreas de los que pretendieron arrojar el Cristo de los altares, en su limitada razón, no podían producir otros resultados que el anarquismo.

Entró las grandes crisis de la historia, sobresale aquella en que, escuchando los cánticos el Capitolio para sumir a la soberbia en la torpe servidumbre, los gladiadores, ebrios de humana sangre, luchaban en violento pugilato ante la nobleza degradada, la muchedumbre era sierra, sin libertad ni conciencia, y todo parecía estar sujeto a la innoble tiranía y a la ambición infame; pero entonces apareció aquel hijo obscuro de Galilea, que con su mágica palabra y con el auxilio de los apóstoles, pobres y desconocidos como él, fué el inventor de las ideas de más trascendencia, el redentor de la humanidad, consiguiendo

veían impulsados por el ejemplo y las excitaciones de los otros: y hasta por las reconvencciones de las madres, sin escluir las madres y las esposas, que en todas partes procuran, como por natural impulso, alejar del peligro a los objetos de su cariño.

No pocas veces se vieron pueblos enteros, mujeres y ancianos incluidos salir a hostilizar respetables columnas de aguerridos soldados con hachas, hocas, azadas é instrumentos de labranza, como si se tratara de una batida de lobos.

Dió orden, en consecuencia, al conde Orloff de duplicar con el prisionero las atenciones y agasajos, pero al mismo tiempo de ponerle en la alternativa de optar entre la Siberia y el servicio de Rusia con todos los honores, grados y preeminencias de su destino en el ejército de Francia.

Mientras que Gustavo se hallaba prisionero de los rusos, y el poder de Napoleón estaba a punto de estrecharse contra los hielos del Norte, Jorge siempre en España, seguía todas las peripecias que experimentó en ese país la ocupación francesa.

La guerra de España no se parecía en nada a la lucha de que era teatro Alemania.

Asaltados alternativamente por las guerrillas, por los paisanos al parecer más inofensivos, y hasta por los contrabandistas, forzados á desconfiar de todo y de todos, y a precaverse del puñal y de la navaja, lo mismo que del veneno, sufrieron allí nuestros soldados penalidades sin cuento.

Los que á causa del deplorable atraso en que estaba la educación pública, se hubieran mostrado tibios ó poco sensibles al sentimiento patriótico y las ideas de independencia y de dignidad nacional, no resistían á las excitaciones del fanatismo religioso, que los hacía doblemente temibles; y los que aun hubieran resistido al empuje de estos poderosos estímulos, se

XXV

Napoleón, sin duda por el presentimiento de los inmensos desastres que esperaban a su ejército, avanzó hasta Kenigsberg antes de haber declarado la guerra á Alejandro, é intentó todavía dar un paso para la conservación de la paz... pero fué inútil.

No quedaba más arbitrio que el de pelear. Todos saben cuál fué la tónica que siguió la Rusia en aquella fatal campaña que fué tan costosa á la Francia: huir, retirarse siempre, talando, devastando, inen-